

MARTÍN SARMIENTO EN EL PANORAMA INTELECTUAL DEL SIGLO XVIII

Joaquín Álvarez Barrientos
Consejo Superior de Investigaciones
Científicas (Madrid)

DOI: [10.17075/eiems.2024.001](https://doi.org/10.17075/eiems.2024.001)

El siglo XVIII español, como cualquier otra época, tiene seleccionados unos personajes a modo de canon que sirven para caracterizar el periodo. Cada uno, con su perfil e importancia, explica un aspecto del siglo: Jovellanos, Feijoo, Moratín, Campomanes o Marchena son algunos de ellos. A pesar de los trabajos realizados, Martín Sarmiento no figura en la primera línea de esa selección¹.

Su imagen intelectual, ya en vida, quedó marcada por la invención del personaje y fue objeto de una controversia que dejó rasgos por los que luego se le entendió: alguien estrafalario, erudito de saberes innecesarios, incómodo por su criterio crítico y segundón de Feijoo. Ya entonces, el diagnóstico lo presentaba como un individuo antiguo, dedicado a un trabajo erudito innecesario, alejado de las claves y los requisitos que se pedían a los hombres de letras del momento. Conocido es el retrato que Lanz de Casafonda (1972: 38-39) hizo de él en los *Diálogos de Chindulza*. Evidentemente, si el fraile no hubiera sido importante y famoso ya en aquellos años del medio siglo, Lanz y sus amigos no habrían lanzado la campaña de desprestigio contra él y otros intelectuales que se encontraban en la órbita de Fernando VI, a las puertas de la llegada de Carlos III².

Pero si esa es la imagen que proyectan los enemigos y los indiferentes, la realidad es más compleja. Sarmiento, con una mentalidad amplia y asociativa, podía ocuparse en los asuntos más variados del espectro científico, emplear un estilo cercano, conversacional, lleno de digresiones, erudición y alusiones a su propia persona, introduciéndose en el texto como si se tratara de moderna autoficción, aunque en realidad en la línea transitada por Caramuel y Cervantes; podía tratar asuntos más o menos importantes o anecdóticos, pero no lo hacía del modo impropio, anodino o inútil que señalaban sus contrarios³. Sus trabajos son de una extraordinaria utilidad para conocer tanto la materia de que trataba como

¹ En este panorama trataré solo del lugar que Sarmiento ocupó en España, aunque, ya como personaje, ya como erudito, fue conocido en Europa y América. Lo fue también gracias a los viajeros, cuyas alusiones a menudo remiten a una fuente común y a su imagen tópica, y a la presencia de algunas de sus obras y de libros de su biblioteca en las colecciones de aficionados de los siglos XVIII y XIX. Véase en este mismo volumen el trabajo de Concepción Varela Orol.

² Sempere y Guarinos (1821: 30-31) recuerda el plan para desacreditar a jesuitas, colegios mayores «y a los primeros literatos españoles de aquel tiempo»: Pérez Bayer, Flórez, Burriel, Sarmiento, Feijoo, Velázquez, Mayans y Montiano.

³ Por ejemplo, escribe sobre el papión o cinocéfalo, pero lo hace para desengañar al público porque hay quien lo muestra haciéndolo pasar por un sátiro o un hombre salvaje (Santos Puerto 2002: 208).

muchos otros asuntos que se asomaban a sus páginas, gracias a su gran capacidad de asociación y de observación, así como a la perspectiva crítica que conformaba su punto de vista. Precisamente, es en las digresiones y en las explicaciones etimológicas —a menudo, otra forma de digresión— donde se encuentran muchas de sus aportaciones (Álvarez Barrientos 2019: 51-57).

En gran medida, la incompreensión de su trabajo y de su propia imagen, entonces y después, viene de aplicarle parámetros y trajes que no le convienen. Sarmiento no fue un historiador *stricto sensu* —aunque se le tenga por tal y algunos de sus escritos se acerquen al formato de la historia—, sino alguien que acumulaba informaciones para hacer historia o para que otros escribieran después aprovechándose de su trabajo; pero tampoco fue solo un documentalista que recogiera noticias para que otro, con mejor pluma, redactara esa narración, como observa a veces con cierta coquetería de falsa modestia. Sabía muy bien en qué consistía la historia —de la que tenía un concepto moderno y global— y a donde acudir para redactarla⁴. Quería saber, saciar su curiosidad, y escribía para satisfacerla y atesorar las informaciones que recogía. Y, sobre todo, al hilo de esa información, desarrollaba un discurso para sí mismo y su círculo de elegidos, para explicarse el mundo y España, sus cuitas, injusticias, procesos e imágenes. Puede decirse que los temas que estudia por propia iniciativa, así como los que se le proponen para que informe, y los libros que lee por gusto o interés son excusas y estímulos para que desarrolle sus propias ideas sobre los más dispares asuntos, para que su mente asociativa hable de esto y de aquello, al hilo de lo que lee y observa, y para que dé forma a su visión del mundo. Eso es lo que le importa, aunque a veces comparta con otras personas fragmentos de esa visión, que son los diferentes papeles que escribió.

La suya es, por tanto, una actividad esencialmente dialógica o dialogante. Me refiero a que no solo habla con su hipotético lector y consigo mismo, sino a que su relato nace del diálogo con los textos y con lo que mira, que ejercen un efecto rebote sobre él. Escribe como respuesta y a menudo necesita una excusa para escribir, como el desafío que le llevó a redactar la *Demostración crítico-apologética*;

⁴ «Siendo, pues, constante que el fin de la historia es referir a la posteridad los más famosos sucesos acaecidos en el cielo, aire, mar y en la tierra subterránea y habitada, y en la sociedad humana, y aun entre la colección de los irracionales, y en los reinos vegetal, mineral, etc., nos quisieron contentar los primeros historiadores solo con un mal formado catálogo de las más vituperables acciones humanas» (Sarmiento 1996: 100).

allí entraba en diálogo con su impugnador y con los textos de Feijoo, pues los suyos eran comentarios a los discursos del *Teatro crítico*. Escribía, según señala, «por incidencia», como lo hicieron antes otros. Desde esta perspectiva, su obra no es desordenada, como se ha dicho, porque no nace de un plan previo del que se aleja —pocas obras lo son—; es un edificio que, como su biblioteca, se levanta gracias a los estímulos que le producen sus variadas lecturas, los encargos y su curiosidad. Pero, además, porque todo está relacionado, su idea del saber es global —no especializado, como fue la tendencia desde entonces—, de modo que una planta es la excusa para el conocimiento botánico pero también para saber la etimología de su nombre, sus propiedades, las del suelo en que nace, etcétera.

Así pues, su actividad se retroalimenta, está en continuo crecimiento y sin final, una razón más para no publicar. No estuvo solo en esto, pero sí es cierto que, más que otros, hizo bandera de ello. La fama de su mucho saber le enfrentó al hecho de no compartir la información, en una época caracterizada por el diálogo, la conversación, la tertulia y el aumento de lectores y de impresos. La difusión y la divulgación del saber fueron consignas del tiempo, mediante periódicos, almanaques, cartas, manuales y enciclopedias, en momentos de creación de la opinión pública. El mismo Feijoo parece afearle su actitud cuando en el *Suplemento al Teatro crítico universal* se muestra escéptico sobre el trabajo que dejaban los que escribían sin publicar, porque «un autor, que escribe lo que juzga se ha de leer mucho tiempo después de su muerte, tiene alguna probabilidad de que no se le pueda probar lo contrario de lo que escribe. Tampoco sentirá mucho que le tengan por mentiroso cuando ya no exista en la Tierra». Y, además, «aquéllos en cuyas manos quedan los escritos pueden adicionar, quitar, alterar en ellos cuanto quisieren» (1740: 327). Poco antes, en carta personal del 17 de septiembre, le había echado en cara su vida retirada, es decir, su aparente no compromiso con el proyecto común⁵. Pero como Menéndez Pelayo después, Sarmiento prefería ser bibliotecario. Saber pero no imprimir, contarle en la tertulia o copiarlo para memorizarlo.

Naturalmente, frente a la pintura estrafalaria está la realidad de los encargos recibidos por parte de los políticos, que confían en su saber enciclopédico.

⁵ «Yo me pasmo, me confundo y me aturullo cuando contemplo que vuestra paternidad no piensa sino en meterse en un rincón y cerrarse en su celda, hallándose en una edad floreciente con buena salud». Cit. por Reguera Rodríguez (2006: 110).

Ahora bien, conviene preguntarse hasta qué punto los informes proporcionados por Sarmiento sirvieron a las políticas borbónicas, o si fueron arrumbados y olvidados, unas veces por inadecuados, otras por utópicos o porque su enfoque no se ajustaba a los intereses de la Corona. Por ejemplo, los pliegos que escribió sobre los caminos, a sugerencia del conde de Aranda, ¿fueron de utilidad o solo sirvieron para recoger y difundir —pues se copiaron— noticias sobre la historia y la necesidad de las comunicaciones en España, sobre las mejoras de la economía? Sabemos que apenas si se siguieron bastantes de sus propuestas para el adorno del Palacio Nuevo, con gran enfado y decepción por su parte. Y así podría hacerse con tantos otros de sus informes y propuestas, como las reflexiones sobre la Biblioteca Real y la República de las Letras.

Seguramente las ideas reunidas en las *Reflexiones literarias para una Biblioteca Real* sean de lo mejor que en el ámbito de la planificación del espacio público literario y cultural se haya escrito, no solo por lo que supone desde el punto de vista moral respecto de la actividad literaria, sino por lo que expone acerca del compromiso de los escritores con su público, así como de la responsabilidad que se tiene con la materia de trabajo y con aquellos que la reciben. A esto hay que sumar las disposiciones materiales y prácticas sobre los derechos de autor —en lo que es pionero—, el mercado del libro, las bibliotecas —que quería que se establecieran en distintas ciudades, como ocurría en Europa—, los impresores y los grabadores (Álvarez Barrientos 2022b). Este texto, que para muchos fue utópico, es una desiderata, un programa cultural que estuvo en el retrovisor de reformistas y escritores posteriores, algunas de cuyas ideas se aplicaron al mundo del grabado pero también de los derechos autor, ya que la legislación de 1763 asume bastantes de sus ideas. Sin olvidar, tampoco, lo que se refiere a la identificación de los autores y sus obras, asunto importante para la historia literaria, pues se perdía mucho tiempo en localizar la fecha y lugar de nacimiento y la atribución de obras (Sarmiento 2002a: 175-177). Inspirado quizá por Pierre Bayle, que había solicitado las mismas noticias en su periódico, pedía que los autores incorporaran esa información biobibliográfica en su propia obra, y así lo requirieron después Francisco Mariano Nifo, en 1764, desde *El Novelero de los Estrados y Tertulias*, y también los miembros de la Real Academia Española (Álvarez Barrientos 2006: 172-178).

Comprobar el grado de seguimiento de sus propuestas sería de gran valor y utilidad para conocer su influencia real. Poco de lo mucho bueno que escribió

sobre caminos se había aprovechado a mediados del siglo XIX, y lo mismo se puede señalar acerca del catastro y del mapa de España, que, mientras explica cómo hacerlo, reclama una y otra vez. Solo se consiguió tenerlo en el Ochocientos.

Es cierto, por otra parte, que sus papeles se difundieron en copias manuscritas y que es posible encontrar sus ideas en autores posteriores, como Jovellanos y Ceán Bermúdez, por ejemplo, que se hacen eco de la importancia que él daba a saber dibujar e incorporar esa disciplina en la enseñanza. Del mismo modo, sus ideas económicas influyeron sobre Jovellanos y Campomanes. La especie de que la industria, complemento de la agricultura, debía ser popular, da forma al famoso tratado del conde. Del mismo modo, sus observaciones acerca de la pesca inspiraron a José Cornide, que escribió sobre la de la sardina y su *Historia natural de los peces y otras especies marinas de Galicia*⁶. Es también sabido que estuvo detrás de la formación del Gabinete de Historia Natural y de trabajos de algunos de los que acudían a su celda.

Por otro lado, aunque Sarmiento era un grafómano, se sentía cómodo instalado en la comunicación oral, razón por la que no pocas iniciativas llevadas a cabo por otros salieron de su boca, en su celda, así como de la comunicación epistolar. Su lugar en el panorama intelectual de la época estuvo definido por las reuniones que mantenía en ella. Por el perfil y las ocupaciones de quienes asistían —Campomanes, Flórez, Quer, Medina Sidonia, Aranda, Elgueta—, lo que allí se dijera y lo que él comunicara orientó sobre planes políticos y culturales. Antonio Ponz, que dejó una «Breve nota necrológica del P. Sarmiento» en la que conformaba la imagen de un fraile abstraído del mundo dedicado al estudio, reconocía precisamente que «sus escritos y conferencias [conversaciones] han producido mucha utilidad a las gentes estudiosas»⁷. Su influjo sobre los intelectuales españoles fue mayor del que seguramente ellos mismos estaban dispuestos a aceptar, considerando la imagen atrabiliaria y trasnochada que se asentó de él. El anónimo autor de la titulada *Vida y obra* se preguntaba: «¿El Maestro Sarmiento es admirado en silencio de los sabios del siglo 18?» (García Tato / Valdés Hansen 2003: 158). Su proyección se extendía tanto por la red de correspondientes como

⁶ En relación a estos aspectos, se pueden ver en este volumen los trabajos de Xoán Carmona Badía y Fran Saborido Rey.

⁷ Fundación Universitaria Española, leg. 35.20.

por la influencia que ejercía desde el convento. Era así, no publicando, como fray Martín se exponía a la opinión pública, que comentaba sus papeles copiados, sus opiniones y sus proyectos⁸.

Al morir en 1772, los modelos intelectuales habían cambiado desde que él se inició en las primeras décadas del siglo haciendo índices en archivos. Pero si puede dar la impresión de que durante toda su vida solo recogió noticias y que, por tanto, su modo de trabajar no se ajustaba a las nuevas corrientes, nada más lejos de la realidad porque, si algo caracteriza su actividad, es el ejercicio de la crítica, así como la asunción de la historia natural como la ciencia y el método mejores para comprender el libro de la naturaleza, lo cual es ejemplo de la sintonía que tuvo con la corriente europea que propició ese enfoque. Pero pocos podían dar fe de ello puesto que pocos conocían sus papeles, a pesar de las copias manuscritas que corrían de algunos. Su alcance no era el mismo que el de un texto impreso, ni tampoco lo era por los temas elegidos. De modo que el retrato que quedó de fray Martín se vinculó con modelos intelectuales trasnochados en los que sus saberes y su forma de saberlos ya no atraían al público. Él tuvo parte de culpa por cuanto contribuyó a construir esa imagen, pero también los que inmediatamente después de su muerte le conmemoraron⁹.

A este respecto, interesa detenerse sobre la *Oración fúnebre* del padre Anselmo A valle y sobre los poemas que se dedicaron a su muerte, insertos en la publicación, entre otras cosas porque muestran el modo, limitado e incomprendido, en que los mismos admiradores del benedictino alabaron su trayectoria y se la explicaron a la opinión pública. Fijémonos en que no usaron la prensa, abierta a todos, sino un medio tradicional y reducido. Básicamente se le entendió como un «sabio cristiano», lo cual restaba alcance a su actividad y a sus aportaciones y ponía el acento en un modelo de intelectual que debe todo a Dios, a las virtudes por Él concedidas y al modo en que Sarmiento se habría sujetado a ese ideal de

⁸ Sobre su celda, véase García Tato / Valdés Hansen 2003: 155-170.

⁹ Por ejemplo, José Nicolás de Azara, en carta a Manuel de Roda, tras su fallecimiento, observaba: «Todo lo que habrá dejado el P. Sarmiento valdrá hartito poco, porque el tal fraile, con una inmensa lectura, no tenía una pizca de juicio». Y, en carta a Bosarte, señala: que asocien a Sarmiento con Jorge Juan, que había muerto en 1773, «confieso que me abate las alas del corazón, porque muestra que en simpatía no se distingue aun el mérito verdadero. Es verdad que la práctica suele consagrar ciertos conjuntos que parecían debían estar siempre separados, y así vemos en los altares el cochino al lado de san Antonio». Cit. por Úbeda de los Cobos (1997: 395).

sabiduría. A valle, como portavoz de sus admiradores, lo hace ejemplo moral frente a los *sprits forts*, los eruditos a la violeta, los periodistas y los escritores públicos. Así pues, frente a estos modernos, la suya, era la «sabiduría verdadera», que no hincha de orgullo «como la ciencia del mundo [...], que le llenó en muy poco tiempo de los más peregrinos y singulares conocimientos acerca de las maravillas más recónditas» (Avalle 1773: 21).

Es Sarmiento, por tanto, un sabio cristiano, como no podía ser menos en el ámbito en el que el predicador desarrolla su trabajo y en el medio en el que vivió el benedictino. Pero este modelo que se quiere que represente no es precisamente el que él desarrolló en su *Onomástico etimológico*, cuando trató sobre el *alethóphilo*, ni el que en verdad representó saliendo de los márgenes que Avalle demarca. No pocas veces —más bien es tónica común— Sarmiento deja al margen las consideraciones religiosas y se centra solo en la materia que estudia.

En contra de lo que plantea la Regla benedictina, no se olvidó de su patria, ni se sintió desterrado del mundo; antes al contrario, trabajó para que Galicia (y España) se conocieran mejor. Se centró en asuntos locales, gracias a sus viajes, como forma de «servir a la república», pero también trabajó por la Orden, para mejorar las condiciones de vida de los monjes y su economía (Rodríguez Cepeda 2008).

Avalle y los poetas que participan en sus exequias fijan y corroboran su imagen sin atender a esto, elogiando su buena memoria, sus muchos conocimientos, al llamarlo sabio, pero sin comprender el significado de su trabajo¹⁰. Están impresionados por la variedad de sus saberes pero no entienden la razón ni el significado de esa amplitud. Su modo limitado y tópico de entenderlo se completa con la estética de las exequias que se le dedicaron, objeto de burla de algunos jóvenes escritores. En ellas todo alude a formas retóricas comunes en la conmemoración de un gran hombre mediante versos, epigramas, jeroglíficos y lemas oscuros, en español, latín, griego y hebreo, junto a una apariencia visual de exaltación de la vida en el más allá pero no del saber. El texto escrito y el visual se complementaban sin fisuras en la transmisión del mensaje de admiración y de muerte, que se vinculaba con la emblemática barroca.

¹⁰ Cernadas (1780: 290-297) recogió las composiciones que había incluido en las honras fúnebres cuando publicó sus obras en prosa y verso. También incluyó las que dedicó a Feijoo en semejante ocasión (1-32).

BREVE IDEA DEL FÚNEBRE APARATO CON QUE EL REAL MONASTERIO
DE SAN MARTIN DE MADRID CELEBRÓ LAS HONRAS DEL
REVERENDÍSIMO PADRE MAESTRO FR. MARTIN SARMIENTO.

Para el día siete de febrero de este presente año, en que se cumplían dos meses del más amargo día para esta venerable Comunidad, se erigió un suntuoso túmulo o capelardente¹¹, que, a cuatro fachadas, ocupaba el tarimón que servía de zócalo, y era de cuatro pies y medio de alto, veinte y un pies de diámetro. Sobre él se formaron tres gradas, cubiertas con sus cenefas pintadas de follajes y calaveras, y sobre ellas otro tarimón de un pie de alto, sobre el que descansaba la tumba, cubierta de un paño ricamente bordado con las armas de la Religión y varios escudos de trofeos lúgubres; encima, un cojín correspondiente, la cogulla y una calavera.

En las gradas se distribuyeron con buena simetría cuatro pirámides recortadas, con siete cornucopias, cada uno en la primera; cuatro estípites recortados de cinco cornucopias en la segunda, y en la tercera doce blandoncitos plateados. Un esqueleto de tres varas y media de alto servía de remate al túmulo delante de la cruz a la cabecera, y otros dos esqueletos al natural cubrían los ángulos anteriores, en medio de los cuales se colocó una grande tarjeta guarnecida de talla dorada, cuya divisa era un esqueleto, que con la guadaña cortaba de una frondosa cepa un lozano SARMIENTO [...].

A los cuatro ángulos, en proporcionada distancia y simetría, se colocaron cuatro pirámides enlutadas¹², cuyos pies cubrían cuatro pedestales pintados, y, a veinte pies de altura, una cornucopia en cada uno con su luz, para remate de los cuales, en los dos de la cabecera, pendían en cada uno un escudo recortado de relieve de figura de corazón de más de dos varas y media de alto, y vara y media de ancho, y una tarjeta también recortada y abultada de pasta su espacioso peto, y uno y otro con sus adornos de talla dorada; y en los dos pies otras dos tarjetas de igual magnitud y calidad en cada uno, con los jeroglíficos, lemas, motes e inscripciones que se siguen.

A la cabecera, en el escudo de la derecha, o lado del Evangelio, se representaba un jardín de flores, a las cuales volaban oficiosas las abejas [...].

El escudo del lado de la Epístola tenía por divisa o jeroglífico un farol pintado con una luz dentro [...].

¹¹ Capelardente: en desuso, capilla ardiente.

¹² A pesar de ser femenino y así recogerlo el *Diccionario de Autoridades*, salvo en algún caso, siempre aparece en el texto como masculino.

En la tarjeta del mismo pirámide estaba pintada un águila, que se remontaba y dirigía su vuelo hacia el sol [...].

A los pies de las tarjetas del pirámide que estaba a la derecha a los pies del túmulo, la de arriba tenía pintado un montón de hojas de morera, sobre el cual estaba un gusano de seda en ademán de roer el sustento [...].

El pirámide restante superior tenía en las tarjetas pintado un árbol, y variedad de aves canoras en sus ramas, y en una de ellas colgada una jaula con un jilguerillo cantando [...].

Un genio en la de abajo estaba pintado con su tubo óptico, registrando las estrellas [...].

En la de abajo estaba una hermosa cornucopia pintada con varias frutas [...].

El pavimento de toda la capilla estaba cubierto de lutos, y, colocados en orden, doce blandones, con hachas de cuatro pábilos; veinte y cuatro hachetas de tres pábilos, y cincuenta velas de a libra, distribuidas en los pirámides, blandoncillos y estípites, resultando de todo un majestuoso lúgubre espectáculo.

Con la solemnidad mayor se cantó la vigilia y misa, después de la cual se dijo la oración fúnebre que antecede, concluyéndose con un solemne responso. (Avalle 1773: 85-94)

La descripción no deja lugar a la duda sobre cuáles eran los referentes iconográficos e intelectuales de la celebración. El impacto debió de ser grande sobre la «innumerable multitud de toda clase de gentes [que acudió], unos convidados por la comunidad, y otros por la fama del reverendísimo difunto; otros por afecto y algunos por curiosidad» (94). Su sepultura se colocó en la capilla del Santo Cristo del monasterio. Pero, como si se quisiera acelerar su olvido, Ponz recordaba que el epitafio de «esta lápida sepulcral puesta en el suelo, sirviendo de pavimento, apenas se podrá leer dentro de pocos años» (1793: 216).

Los actos fueron objeto de crítica por parte de un joven Tomás de Iriarte, cuyos comentarios seguramente han de entenderse en clave de diferencia generacional. La carta que dirigió a su amigo José Cadalso dando cuenta de esa celebración es ejemplo del modo satisfecho en que la comunidad religiosa asumía el retrato y el modelo, mientras el canario marcaba distancias con el pasado y se mostraba como representante de las corrientes contemporáneas. Sarmiento servía para delimitar territorios, prácticas y proyectos intelectuales, así como de modelo con el que identificarse o no¹³.

¹³ Casualidad o no, Cadalso publicó el mismo año de la muerte de Sarmiento *Los eruditos a la violeta*, nueva perspectiva sobre cómo gestionar los saberes en público.

La carta no está fechada pero se sitúa inmediatamente después de las exequias. La descripción manifiesta, por el tono y el contenido, el rechazo de lo que Sarmiento representaba y del modelo conmemorativo, y muestra la superioridad de la opción que encarnan los corresponsales:

No puedo dejar de citar a Vm. un librote [...] en que se contienen varios elogios hechos a la memoria del padre Sarmiento, de lo más chanflón y fraileco [...]. Comprende dicho papelón lo siguiente:

1.º Una dedicatoria al duque de Medinasidonia en que, sazonzando los sucesos traídos de la escritura sagrada con algunos versucitos de Ausonio y Propercio, y con algunas erudiciones genealógicas acerca de los Guzmanes, Pachecos, etc., se dicen a S.E. unos desatinos que es un contento.

2.º Una oración fúnebre que los tiene muy solemnes. Predicóla un muy reverendo y muy negado padre Avalor [...]. El orador demuestra que el padre Sarmiento nació en Villafranca del Bierzo; pero por otro lado busca razones sofisticadas para probar que su patria fue Pontevedra, y este mismo empeño han tomado todos los gallegos que conozco en Madrid, a despecho de la fe de bautismo del difunto, que está afirmando lo contrario. (Cotarelo y Mori 1897: 448)

Iriarte continúa su crítica para mostrar el error en el modo de celebrar al gran hombre; un modo, sin embargo, que era frecuente en el mundo de la erudición y del sacerdocio, pues las exequias por Feijoo fueron similares en 1764 (Hevia Ballina 2016), siendo un tipo de escritor distinto de Sarmiento, y lo que estaba previsto para Enrique Flórez eran unas semejantes, según traslada el escritor canario, que destaca lo que de rutinario tiene esa ceremonia y, al mismo tiempo, lo que realmente importaba: el lugar de nacimiento del benedictino —algo que se ha seguido disputando hasta fechas recientes—; es decir, no interesaba conocer el alcance y novedad de sus trabajos, sino su origen para llenar el orgullo de la patria chica, ese que Feijoo criticó como la causa de muchos de los problemas de España. En el fondo, Iriarte rechazaba la condición ornamental del saber que ponía de manifiesto el tipo de celebración.

Ahora bien, si el modelo es grandilocuente y alude simbólicamente a las virtudes cristianas del sabio en forma barroca, a base de retruécanos, emblemas, jeroglíficos y juegos alrededor de la polisemia de la palabra sarmiento, Avalor sí

alude, aunque de pasada, a la necesidad de conocer la vida y los trabajos del autor, y a que él mismo se encontraba trabajando en ello¹⁴.

En todo caso, en el volumen aparecen también algunos asuntos que en vida y después preocuparon a los lectores, relativos a su lugar en el panorama intelectual del siglo. En especial, la idea de que, en cuanto a conocimientos, Sarmiento era superior a Feijoo, de modo que se asumió que su especialidad era la erudición, no la crítica o el análisis, que serían patrimonio del de Oviedo. Quienes así pensaron solían ser individuos que valoraban más el saber que la capacidad analítica, individuos fascinados por la sabiduría y su exposición. Así lo trasmite uno de los poemas: «Sarmiento cede el asiento / a Feijoo, pero hallo yo / que cuanto Feijoo opinó, / *supo demostrar Sarmiento*» (en *Avalle 1773*: 42). El autor, responsable de las cursivas, alude al libro publicado por él en 1732, pero el sentido del verso no deja lugar a dudas. Otros hubo que se explicaron en la misma dirección, reivindicando para el padre un lugar y un papel más protagonista en la historia cultural del siglo, conscientes quizá de su labor en el reformador proyecto benedictino, o discrepantes con las opiniones de Feijoo. Fue el caso de Jovellanos, que en carta a Antonio Ponz se refiere al estilo «pedantesco», sin lógica y frívolo de aquel, para añadir: «Téngame usted por temerario. Pero entre tanto puedo oponer el dictamen de otro sabio benedictino, el de su mismo maestro, el docto Sarmiento. Vea usted lo que dice acerca de las romerías de Galicia en un excelente tratado y, comparando sus razones con las de su discípulo, decida por sí mismo» (2005: 120). Si así pensaba Jovellanos, que tiene por alumno de Sarmiento a Feijoo, otros, como José Luis Roche, compartían su tendencia:

Son tan preciosas las obras de Vuestra Reverendísima [le escribe] que, muy antes que nos conociésemos, dije que excedían en erudición a las del padre Feijoo y, pensando que se escandalizasen, por apasionados, los oyentes, que eran personas muy doctas y de mucha

¹⁴ «La singular distinción con que el público honra la memoria de este sabio benedictino me persuade que recibirá con gusto la publicación de unos elogios, que tienen por objeto la perpetuidad de su fama póstuma. Considero que les sería más apreciable una relación exacta de su vida, de sus preciosos escritos, testimonios irrefragables de su vastísima erudición [...]. Algo de esto estaba ya más que pensado, pero superiores respetos, y la consideración de que este asunto, empeño digno de pluma más ilustre, pide ocasión más oportuna, detuvieron los deseos de satisfacer por ahora a la curiosidad de los amantes de las glorias de nuestro venerable difunto» (*Avalle 1773*: 43-44).

distinción, lo pronuncié esforzándome a la disputa, pero todos unánimes respondieron que no había duda. (Albalate 2004: 297)

Naturalmente, lo que hacían uno y otro era distinto, pero esas valoraciones muestran una preferencia y un mayor prestigio por lo que representaba Sarmiento, además de poner en evidencia tanto la fama de los dos autores, a pesar de que uno no publicaba, como la necesidad de plantearse el lugar que en el panorama cultural debían ocupar sus protagonistas. No se trataba de un debate anecdótico, sino de ordenar el territorio de la República Literaria y su representación simbólica en el Panteón, que era piramidal.

El otro asunto al que se alude en la oración fúnebre es a su decisión de no publicar, que se explica porque, sabio cristiano como es, sigue el precepto divino de ocultar la sabiduría, según aconseja el capítulo 10 de los Proverbios. Su decisión de no imprimir la explica él varias veces y no tiene que ver con eso y sí más con su desinterés por ese ámbito de acción. Como señaló en *El porque sí y el porque no del P. Sarmiento. Satisfacción crítico-apologética de su conducta. Porqué sí vive siempre tan retirado. Porqué no se pone a oficio de escritor*, prefiere no exponerse al público y mantenerse en el ámbito de la difusión manuscrita. Él no se considera «escritor» y, así, no publica. El ámbito del manuscrito lo relaciona con modelos anteriores de comunicación del conocimiento, pero a la vez manifiesta un sentido íntimo en lo que se refiere al uso y difusión del saber, puesto que su alcance es menor, y además se hace de modo conversacional y epistolar, de manera que hay cercanía y más control en lo que se transmite y en el modo de hacerlo (al menos en teoría, pues sus cartas, como sus papeles, se copiaban y deformaban de una copia a otra).

Al no imprimir, Martín Sarmiento renuncia a la esfera pública, lo cual no significa falta de comunicación, sino simplemente eludir su exposición intelectual en el ámbito público (polémicas, reseñas, etcétera), que fue suficiente y desagradable para él cuando escribió la aprobación de la *Impugnación apologética* de Feijoo y su propia *Demostración crítico-apologética*. Al no imprimir, no pasaba por el proceso editorial ni por el de la recepción de la obra. Al no publicar renunciaba a la opinión pública, a ese espacio naciente que cada vez tenía más amplitud, donde se debatía y se creaba un nuevo y más numeroso público.

Por otro lado, su decisión de mantenerse en ese ámbito es una toma de posición respecto a las prácticas de la República de las Letras que se imponían. Publicar fue cada vez más un negocio y una forma de promoción —de los que se benefició también—, pero esos referentes, a los que sí se expuso Feijoo y que le salpicaron a él, no formaron parte de su construcción como intelectual o, simplemente, como individuo. Sarmiento, por sus decisiones, se presenta como un antimoderno, esa figura que se ha estudiado y caracterizado a partir del siglo XIX, cuando en el XVIII hay también ejemplos de dicha actitud, de individuos que se instalan en la modernidad, no rechazándola o aceptándola sin discriminar y como tendencia, sino seleccionando aquellos elementos que les puedan servir para su desarrollo personal, pero conscientes, así mismo, de las incertidumbres y consecuencias negativas que aquella trae, como más tarde mostraría Mariano José de Larra, por ejemplo.

Pero si en la oración fúnebre se explica que no publica acudiendo al expediente bíblico y al modelo de intelectual que se quiere publicitar, poco después de su muerte se inició la impresión de alguna de sus obras, de manera que el público las conociera, y que la importancia que se destacó de forma encomiástica se justificara con hechos, es decir, mediante sus trabajos. De este modo, aunque se difundía su saber entre los lectores, se traicionaba su imagen y su deseo de no castigar las prensas, y se le exponía al juicio de la opinión pública.

Así, en 1775, tres años después de su muerte, se imprimía el tomo primero, y a la postre único, de sus «obras póstumas», las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, redactadas entre 1741 y 1745. Parece que su mala recepción —aunque fueron muy utilizadas por los historiadores de la materia— acabó con el proyecto, pues se vio como un texto que no se ajustaba a los formatos de la nueva historia. En todo caso, para que Sarmiento ocupara el lugar que le correspondía en el Panteón nacional, se llevaron a cabo otras iniciativas más o menos canónicas en el ámbito de la representación y la construcción de su imagen como autor: se abrió una estampa, de la que se conserva un dibujo de Isidro Carnicero, grabada por Francisco Montaner en 1774, y Felipe de Castro hizo un busto, que terminó Manuel Álvarez, del que Antonio Ponz recuerda «que no se ha puesto en paraje público» (1793: 216). El dibujo preparatorio de Carnicero, con grandes diferencias respecto del resultado final, tiene interés porque en él se consignan datos biográficos que deberían haber aparecido en el zócalo de la estampa y que

no figuran. Así, se incluyen la fecha de nacimiento («Natus die 9 martis anni 1695»), su edad en el momento de fallecer («Aetati sua 75») y otras informaciones sobre su defunción: «Murió el día 7 de diciembre a las 3 1/2 de la tarde, enterróse en S[a]n Marti[n] de Madrid / el día 8 del mismo mes, a las 11 1/2 de la mañana día de la Concepción del año de 1772» (fig. 1)¹⁵. Aunque, a diferencia del busto, la estampa fue más conocida y tuvo mayor recorrido, el objetivo de publicitar al monje mediante imágenes no se llevó a cabo correctamente.



Fig. 1. Dibujo de Isidro Carnicero (1774). Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, n.º de inventario: 2383 (352 x 235 mm). Estampa de Francisco Montaner

¹⁵ Si el dibujo se hizo tras su muerte, como parece por los datos que figuran al pie, la edad, 75 años, no se corresponde con la que tenía realmente, que eran 77. Se encuentra en el museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, n.º de inventario: 2383 (352 x 235 mm). Información sobre otros retratos suyos, en Sánchez Cantón (1941).

A pesar de que sus admiradores iniciaron las tareas para perpetuar su memoria e introducirlo en el Panteón nacional, y para dar a conocer sus obras, o al menos aquellas que tuvieran cierta unidad, desde ese momento su figura pierde la poca presencia pública que las acciones de sus amigos le habían conseguido y comienza un periodo de relativo olvido y abandono, seguramente también de asunción de la campaña de desprestigio, frente a los modelos emergentes. Así, por ejemplo, en 1777, cuando Juan Sobreira llega destinado a San Martín, tras pasar por el convento de Monserrat, y se dedica a leer los papeles del benedictino, al parecer, entre la burla de sus compañeros, «un mofador» le enseñó los «desechos del Reverendísimo Sarmiento [que consistían en] algunas arrobas de papeles viejos», entre ellos, muchas cartas, que estaban «arrojadas por desidia o por desprecio al rincón menos limpio del convento» (1786: s. p.). Sobreira formó quince volúmenes con ellos y regaló dos a la Academia de la Historia cuando fue elegido en 1786 miembro correspondiente. Pero hizo más. Entre aquella documentación había «muchísimos apuntamientos, dibujos, diseños, planos y humanidades» que organizó, además de cartas de monjes «ociosos y desatentos», de nobles y de mujeres, de su hermano Francisco Javier y «otras nocivas», que rompió. Hizo lo posible por ordenar los papeles y por dejar una buena imagen de él y de la Orden, suprimiendo lo que le pareció necesario para ajustar su perfil.

Años después, Antonio Valladares de Sotomayor publicó desde 1787 varias obras haciendo que su nombre volviera a tener cierta presencia en las décadas finales del siglo. Entre ese año y 1791 salieron en su *Semanario Erudito* algunos importantes trabajos de Sarmiento. En el tomo V (1787), el *Catálogo de algunos libros curiosos y selectos, para la librería de algún particular que desee comprar de tres a cuatro mil tomos* y el *Discurso crítico sobre el origen de los maragatos*. En el VI (1787), *El porque sí y el porque no del P. Sarmiento. Satisfacción crítico-apologética de su conducta. Porque sí vive siempre tan retirado. Porque no se pone a oficio de escritor y Tres cartas al Excelentísimo Sr. Duque de Medina Sidonia sobre la ley sálica, la electricidad y la etimología del nombre Aranjuez, el árbol Gerión y la cetrería*. En el XIX (1789), el *Discurso sobre el método que debía guardarse en la primera educación de la juventud, para que, sin tanto estudiar de memoria y a la letra, tuviesen mayores adelantamientos*. En el XX (1789), los *Apuntamientos para un discurso sobre la necesidad que hay en España de unos buenos caminos reales, y de su pública utilidad y del modo de dirigirlos*,

demarcarlos, construirlos, comunicarlos, medirlos... Y, por último, en el XXI (1789), las *Reflexiones literarias para una Biblioteca Real y para otras bibliotecas públicas* y la *Respuesta a la carta que escribió la Junta de Agricultura del reino de Galicia al R. P. Fr. Martín Sarmiento remitiéndole el nombramiento de académico honorario*.

También aparecieron otros en esta revista y en 1782 en el *Correo Literario de la Europa* (Monteagudo 2002), de los que da cuenta Juan Sempere cuando publica el tomo V de su *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*. En este estado de la cuestión que selecciona el Parnaso de la cultura nacional, Sarmiento encuentra su espacio como defensor del innovador proyecto borbónico que había sido el *Teatro crítico universal*, en el que tan decisivamente había participado. Así, Sempere (1789: 110-114) interpreta la *Demostración crítico-apologética* del año 1732 como uno de los más importantes instrumentos para contrarrestar la «chusma de literatos de todas clases y profesiones» que se empeñaban en mantener al público en la ignorancia, en la oscuridad de sus prejuicios y entre «abusos envejecidos». Sarmiento, con los dos tomos de su *Demostración*, peleó contra esa postura, representada por papeles insultantes, «sin crítica», como el mencionado desafío que le lanzó Mañer mediante un cartel: «Haga el padre [Feijoo] lo que fuere servido, pero directamente, por mano del padre Sarmiento o bien unidos entrambos, los reto, y los desafío a la tela literaria, donde los espero de pie firme, para mantenerles lo que he escrito, lo que escribo y escribiré»¹⁶.

Sarmiento contestó a las críticas que se le hacían a Feijoo, pero también a él, pues ya se sabe que colaboraba en la edición de los artículos del de Oviedo y seguramente más de lo que hasta ahora suponemos, además de haberse «significado» públicamente al hacer la aprobación de la *Ilustración apologética* que Feijoo publicó en 1729 para defenderse de los ataques de Mañer. Hay que recordar que Pedro Alcázar y Joaquín de Anchorena y Ezpeleta firmaron las otras aprobaciones de la obra, pero el reto fue solo contra Feijoo y Sarmiento. Seguramente porque, además de conocerse su participación en el *Teatro*, las páginas de su «Aprobación» están llenas de lo que se llamó en la época «personalidades», ataques más o menos personales a Mañer, como calificarlo de «alucinado», de tener «corta penetración» y no ser inteligente ni saber leer, llamarlo pseudocrítico y «autor de aldea»

¹⁶ Sobre el cartel de desafío, Sarmiento 1739, II: 457-461.

frente a él, que es «autor de Corte»¹⁷. La «Aprobación» tiene un tono insultante y despreciativo, que bien pudo molestar al retador (Sarmiento 1769: V-XV). En su *Demostración* confirma que se metió a «escritor» público o editado porque fue directamente «vilipendiado, impugnado, provocado y desafiado» (Sarmiento 1739, I: s. p.).

Sempere se hizo eco también de la publicación de la historia de la poesía y aprovechó para explicar algunas de las características estilísticas de su autor, debidas precisamente a que no escribía para publicar, sino para su propia instrucción y la «de algunos amigos y bienhechores suyos». Por ello a los textos «les falta por lo general la coordinación, enlace y demás cualidades que deben tener las obras destinadas para la prensa». De nuevo, esa condición de inédito como determinante de la valoración de su trabajo, como característica que hay que justificar para aceptarlo pues explica su estilo, que se percibe como una anomalía en uno de los más destacados representantes de la República de las Letras; se considera que esa propiedad suya es un rasgo defectuoso que lo penaliza a la hora de explicarlo y situarlo en el panorama intelectual, como después en la historia literaria y de la cultura española.

Frente a este defecto, valora Sempere la inmensa erudición, las raras noticias y la «abundancia de observaciones sabias y útiles», por las que los curiosos desean conocer sus obras, y, así, el monasterio de San Martín pensó «entresacar las mejores y publicarlas, en lo que sin duda hubiera hecho un gran servicio a la literatura española, y por otra parte hubiera evitado el que otras manos más codiciosas y menos hábiles, confiadas en que el crédito del padre Sarmiento daría despacho a cualquiera escrito que se publicase en su nombre, hubieran impreso algunas, que, no siendo las mejores de aquel sabio, tampoco son de las más aptas para sostener su reputación literaria» (Sempere 1789: 112-113). Es posible que aluda a algunas de las aparecidas en los diarios mencionados más arriba.

Pero, aunque su presencia parezca languidecer, no se le olvidaba del todo, pues permanecía en la memoria de quienes querían levantar el Panteón de Hombres Ilustres españoles. Así, su nombre, junto a los de Jorge Juan, conde de Gazola, Vicente de los Ríos y otros, figura entre los de aquellos cuyas cenizas quiere

¹⁷ Por su parte, en el «Plano para el mapa general de España» habla de escritores de «apósito y de candil» y de escritores «viajeros» (Sarmiento 1996: 92).

agrupar el gobierno de José I para dar forma a esa institución representativa de la identidad nacional. Jorge Juan, el conde y él habían sido enterrados en San Martín, cuyos sepulcros describió Antonio Ponz en su *Viaje de España* (1793: 212-216). La iglesia se derribó en 1809 (Filgueira Valverde 1972) como parte de la política urbanística de José I, de forma que los restos de Sarmiento, Jorge Juan y Gazola pasaron a las casas consistoriales. Poco después, se cursó una orden al Ayuntamiento para que los recuperara y los depositara en la iglesia de San Isidro. Se trasladaron los tres, no así los de Vicente de los Ríos, que no se localizaron, en tres cajas nuevas, según se documenta en oficio del 8 de marzo de 1811¹⁸. Años después, el 27 de octubre de 1813 y ya con el Corregimiento constitucional, volvieron a reclamarse las cenizas exhumadas, para enterrarlas en el cementerio del distrito de la parroquia de San Martín, entonces en la calle del Desengaño (Sánchez Cantón 1941: 76). El oficio se repitió el día 24 de noviembre, y los despojos se llevaron a esa parroquia mientras se habilitaba uno de los panteones en el cementerio citado¹⁹. A partir de esa fecha se les pierde la pista.

Sarmiento, por tanto, es tratado como una figura importante en las letras y en la cultura española, aunque no se le dedica mucho espacio y a menudo parece serlo solo en forma menor. Se reconocen sus valores, su sabiduría, pero no de la forma clara y decidida que se hace con otros porque no se comprendió su actividad, su silencio editorial ni su dedicación a tan variada gama de saberes. Quizá porque no se entendió su cosmovisión, lo amplia que era su mirada al mundo. Sarmiento ve los objetos de estudio relacionados, de manera que escribir sobre una planta o sobre una palabra, o sobre las bibliotecas, no es solo eso; es establecer el significado y la función de aquello que estudia y es mostrarlo asociado a su entorno, de manera que cualquier tema es la excusa para proporcionar, por ejemplo, la historia y la imagen de España, como cuando trata del catastro o de lo que debe hacer el investigador o *alethóphilo*, o cuando escribe la *Obra de 660 pliegos* para contestar, en principio, a «un papel [...] contra los foros y tierras que poseen en Galicia los benedictinos».

¹⁸ Archivo de Villa de Madrid (AVM), Secretaría, 3/ 458/ 82. Agradezco a David García López (Univ. de Murcia) que me haya facilitado este documento.

¹⁹ AVM, Corregimiento, 1/ 346/ 23.

Para él, los saberes están relacionados; de hecho, su biblioteca estaba organizada no por orden alfabético ni temático, sino con su peculiar sistema asociativo, que hacía que los demás no encontraran los volúmenes que buscaban. La biblioteca reflejaba ese modo de pensar, más cercano al del gabinete y al del coleccionista (Álvarez Barrientos 2017)²⁰.

Así pues, se le trató como a un gran hombre, esa figura emergente en la época que llegó a ser fundamental en el siglo XIX, pero no se saben muy bien las razones de esa grandeza. Se le escribe para pedir su opinión, se le consulta, se le visita como a otros grandes hombres (Voltaire, Rousseau, Juan Andrés, Jorge Juan, Jovellanos), pero pocos le entienden. ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, preguntar a viejos y a niños cuando el investigador herboriza? ¿Por qué guardar cantos y dichos populares, cuando la tendencia nueva rechazaba lo rural en beneficio de lo urbano? ¿Por qué estudiar lenguas minoritarias? Si en algo fue pionero y visionario Martín Sarmiento, entre otras cosas, fue en el sentido patrimonial que tuvo de todo aquello que después, de un modo u otro, ha estado vinculado al folklore, a la cultura popular y al estudio de las tradiciones. Sarmiento, frente a Feijoo, entendió de forma positiva el valor de lo local en la conformación de la identidad, su valor como cultura e historia²¹.

En el panorama intelectual del siglo XVIII, Martín Sarmiento es una *rara avis*. Situado en un punto de vista crítico, que aplica a prácticamente todo, resulta incómodo. La imagen que se tiene de él es resultado de tomar la parte por el todo y olvidar los años en que estuvo activo, practicando la sociabilidad, como asesor de los gobiernos y agente de Feijoo en la Corte. Como tal agente, pero sobre todo por estar implicado en el proyecto benedictino, salió al espacio público para defenderlo de los ataques que recibía y, así, publicó la *Demostración crítico-apologética*, trabajo con el que se obligaba a tomar partido a los lectores respecto del lugar en que se querían situar: ¿en la modernidad crítica, en el futuro de la ciencia y el pensamiento, en una nueva España, o en lo que representaba lo peor de la tradición?

²⁰ Sobre su biblioteca, véase Varela Orol y Ameneiros Rodríguez (2016).

²¹ Más sobre las diferencias y semejanzas entre Sarmiento y Feijoo en Pensado (1978) y Álvarez Barrientos (2016). Sobre la colaboración entre ambos, también Reguera Rodríguez (2006: 97-115).

Sarmiento, que pasa por ser un erudito indigesto, apostó por el método crítico, que es el que informa sus trabajos, y, desde esta perspectiva (que también era suya, aunque no se le aplique), defendió la obra de Feijoo, no solo en 1732, como absolutamente necesaria para sacar a los españoles de su estancamiento intelectual. Dos años después escribía: «[E]s grotesca la literatura a la cual no preceda una juiciosa crítica, y en España jamás habrá crítica sin el *Teatro* o sin otra obra semejante». E insiste en que el modo de trabajar de Feijoo «es lo más necesario para España», que ya no está para silogismos: «[P]ara la edad de la barbarie bastan los mil años que nos ha tiranizado» (Sarmiento 2002a: 15-16). Su apuesta por este método crítico, que él asume, da como resultado sus propios trabajos, en los que el estilo desenfadado se mezcla con el dato erudito y la crítica.

Su retraimiento posterior —público, no privado, pues frecuentaba la tertulia y la carta— es resultado del cansancio y del cambio de monarca, ya que a Carlos III no le gustaron sus ideas, como se vio paladinamente en el caso de los adornos del Palacio Real, cuyo nombre se silencia en seguida, en tanto que representante de modelos y de una estética que ya no vale. El cambio estético también fue político: nuevos asesores, nuevos propagandistas. Así, Ponz no alude a él cuando describe el Palacio y sus adornos en su *Viaje de España*, y otros hicieron lo mismo (Sarmiento 2002b). Sarmiento se retrajo tras ese rechazo, cansado de bregar con artistas y trabajadores del Palacio. Había sido desbancado por Mengs.

Desde su perspectiva historicista aportó mucho al panorama intelectual: el conocimiento de Berceo, de la carta proemio del marqués de Santillana, del Cid; sus trabajos botánicos y su influencia para que se creara el Jardín Botánico; el descubrimiento de la patria de Miguel de Cervantes y sus escritos sobre él, prefiriendo su *Quijote* antes que el de Avellaneda, patrocinado por Nasarre y Montiano; su apuesta por el newtonismo; y la exposición sobre las características y los conocimientos que debían tener aquellos que se iban a ocupar de la conservación del pasado, es decir, de los archiveros y de los investigadores, en textos de una modernidad y una ambición pocas veces alcanzada. Atender a la preparación que habían de tener los gestores del patrimonio muestra el interés por contar con un cuerpo de profesionales que realmente lo fueran y reunieran las cualidades necesarias para conservarlo y difundirlo, de modo que evitaran la pérdida de materiales. En este ámbito, es interesante recordar que, si en general era contrario a las academias, no lo era al trabajo en equipo (aunque él lo hiciera

preferentemente solo) y, así, propuso grupos de labor interdisciplinarios: al escribir sobre cómo herborizar, al trazar sobre los caminos reales y al plantear la figura del investigador.

Si en estos ámbitos proporcionó destacadas ideas, los textos reunidos para explicar los adornos que había de tener el Palacio Real no son menos importantes. Y lo son porque adornar el edificio es para fray Martín una excusa para representar a la nación en sus fachadas y en sus paredes, para hacer que el edificio mostrara los territorios que formaban la Monarquía, de modo que cualquiera pudiera reconocerse en la iconografía que él sugería. Tener una representación correcta de España fue una de sus obsesiones, manifiesta al escribir sobre el catastro, al hacerlo sobre el plano de la Península o sobre los caminos reales, pero también cuando extiende los pliegos sobre los adornos del Palacio. En este caso, la representación es de otro modo. Si el mapa había de dar cuenta de forma abstracta del territorio, de su ordenación, conocimiento y comunicación, el Palacio lo mostraba mediante imágenes, de un modo más cercano a la comprensión de los individuos, aunque no siempre fuese fácil entender sus propuestas si no se tenían las claves interpretativas. Sarmiento otorgó al edificio, al libro en piedra, como lo llamó, una condición simbólica más allá de su identificación con la Monarquía hispánica, pues era la casa de todos, que allí se reconocían.

Igualmente importante, si bien con poco seguimiento, fue su apelación a que se publicaran cuantas fuentes documentales se pudiera, en lo que, como otras veces, se muestra adelantado o como alguien que está al tanto de lo que se hace fuera y quiere que se imite aquí algo que es útil y necesario para hacer la historia del país. Según observó Pensado (1974: 30), quiso que se coleccionaran los cronicones, incluidos los falsos, los concilios, las liturgias, los escritores de cosas de España —para aumentar la *Hispania Illustrata*—, los fueros, las leyes y ordenanzas antiguas —la *Novísima Recopilación* es de 1805—, los aranceles, las crónicas de los reyes, las actas públicas civiles, los poetas castellanos antiguos y modernos, los viajes de los españoles, las relaciones de Indias, los libros de caballerías, etcétera. Es decir, quería tener recogido todo el patrimonio cultural hispano, de modo que se pudiera hacer después la historia de la nación y de sus diferentes aspectos y ciencias.

Al estar al tanto de lo que ocurría fuera, es uno de los más interesados en la historia natural, en promocionarla, en explicar cómo han de llevarse a cabo los

estudios, en publicitar sus ventajas, y en cómo es el mejor modo de conocer la obra de Dios, el libro de la naturaleza. La amplia perspectiva de la historia natural casaba perfectamente con su mentalidad asociativa y con el aprovechamiento de la información recogida, con la que siempre trabajó de forma cruzada. En esto no estuvo solo, como en otras cosas, y, aunque es posible que el alcance de sus trabajos y publicidad quedara reducido por la mencionada condición manuscrita y oral del grueso de su actividad, eso no quita relevancia a su lucidez respecto de lo que era aprovechable, entre cuanto proporcionaba la modernidad contemporánea. Su toma de posición está en sintonía con quienes apostaron por la filosofía vegetal (Calderón Quindós 2018), y entra de lleno en el debate acerca de la conveniencia o no de conocer directamente la naturaleza o mediante gabinetes y jardines.

Otro de los aspectos que hay que destacar del lugar que Sarmiento ocupó en el siglo XVIII es que, a diferencia de otros estudiosos, él imbricó sus estudios del pasado en el presente, ya fuera un presente botánico, institucional o social. Como los verdaderos sabios, su conocimiento de la historia le sirve para entender la actualidad, al proyectarlo sobre su entorno e intentar mejorarlo. Y eso, también y en gran medida, porque fue un hombre experimental, empírico, otra de las novedades metodológicas desarrolladas en el siglo. Todavía en él, ciencia y religión no se rechazaban, sino que contribuían al conocimiento de la realidad, como en la Inglaterra del siglo XVII explicaba, entre otros, Robert Boyle, que en *El cristiano virtuoso* (1690) aseguraba que la «filosofía experimental» no estorbaba para ser un «buen cristiano», antes al contrario. Recuérdese que el «virtuoso» del título significaba el filósofo natural, el científico.

Conocer el entorno le sirve para hablar del que considera que es el mejor modo de enseñar a las generaciones futuras, para ahorrar y rentabilizar esfuerzos y dinero, y para denunciar corrupciones e injusticias. Sus páginas están llenas de estas denuncias, padecidas por los agricultores o simplemente por la gente que vive en el campo. No es que ponga al día el tópico de la alabanza de la aldea y menosprecio de la Corte, pero algo de eso hay en algunas de sus críticas al modo de vida que se da en las ciudades, en Madrid sobre todo, y a cuantos holgazanean en ellas, gastando su patrimonio, en lugar de invertirlo en sus lugares de origen. Su propuesta —que vuelvan a ellos— coincide con la de otros, como Bartolomé Ulloa, expuesta en varios almanaques que le costaron problemas con la autoridad y con Campomanes, y con otros antes, a los que se ha llamado arbitristas para

desautorizar sus propuestas. Pero no se trataba tanto de una crítica heredada cuanto de una mirada actual, en la que pesaba la fisiocracia, que centraba el grueso de la economía en la agricultura (Álvarez Barrientos 2022a).

El lugar de Sarmiento en el siglo y después, por tanto, tiene luces y sombras, y padece las dificultades que su peculiar figura crea a la hora de entenderlo. Su impacto sobre el entorno cultural y político fue importante durante bastantes años, hasta mediados de siglo, pero esa influencia disminuyó con la llegada de Carlos III y se limitó luego al ámbito intelectual, y padeció cierto olvido, arrasada por el cambio de ciclo y la campaña de propaganda política y cultural que procuraba olvidar las aportaciones previas (Sarmiento 2002b: 86-93). Su recuerdo permaneció, pero por lo general a la sombra de Feijoo, figura preferida por la historiografía. Los investigadores posteriores, aunque lo tuvieron presente, limitaron la importancia de su figura y de sus aportaciones al centrarse demasiado en su producción «galleguista» y presentarlo como un gran gallego, de modo que continuó siendo considerado como alguien secundario en el panorama general del XVIII. Solo a partir de los años setenta del siglo pasado comenzó a tener el protagonismo y la individualidad historiográficos que le corresponden como a alguien de talla europea, aunque a muchos les cueste encajarlo en el horizonte del Setecientos al no ajustarse a los modelos habituales de interpretación de la cultura ni al modelo patrocinado por la modernidad dieciochesca.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBALATE, Manuel Pacheco (2004): *Una visión del siglo XVIII: cartas del erudito Roche al beneditino Sarmiento*, El Puerto de Santa María, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2006): *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*, Madrid, Editorial Castalia.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2016): «Para la historia de una amistad: Feijoo (1676-1764) y Sarmiento (1695-1772)», en Inmaculada Urzainqui / Rodrigo Olay Valdés (eds.), *Con la razón y la experiencia. Feijoo 250 años después*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII-Universidad de Oviedo / Ayuntamiento de Oviedo / Ediciones Trea, 489-508.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2017): «Martín Sarmiento, o la escritura como gabinete de curiosidades», en Elena de Lorenzo Álvarez (ed.), *Ser autor en la España del siglo XVIII*, Oviedo, Ediciones Trea, 83-111.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2019): *Martín Sarmiento (1695-1772). La erudición y la escritura como formas de vida*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2022a): «Bartolomé Ulloa solivianta al fiscal Campomanes», en Fernando Durán López (ed.), *Tras las huellas de Torres Villarroel. Quince autores de almanaques literarios y didácticos del siglo XVIII*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 559-593.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2022b): «Grabado y literatura en el Setecientos. Sobre Martín Sarmiento y Bartolomé Ulloa, con algunos usos políticos, críticos y burlescos de la estampa», en David García López / Jorge Maier Allende (eds.), *Fijar profundamente en el ánimo. El grabado en la España de la Ilustración y el Liberalismo*, Madrid, Museo Casa de la Moneda, 329-354.
- AVALLE, Anselmo (1773): *Oración fúnebre que el muy reverendo P. M. Fray Anselmo Avale, predicador mayor del Real Monasterio de San Martín de Madrid, dijo el día 7 de febrero de 1773 en las honras que dicho monasterio celebró a la buena memoria de su famoso hijo el Rmo. P. M. Fr. Martín Sarmiento. Dala a luz con varios elogios hebreos, griegos, latinos y castellanos el mismo monasterio, a expensas de un amigo íntimo del difunto*, Madrid, Imprenta de Antonio Pérez de Soto.
- CALDERÓN QUINDÓS, Fernando (2018): *Filosofía vegetal. Cuatro estudios sobre Filosofía e Historia Natural*, Madrid, Abada Editores.
- CERNADAS Y CASTRO, Antonio (1780): *Obras en prosa y verso del cura de Fruime, don...*, V, Madrid, Joaquín Ibarra.
- COTARELO Y MORI, Emilio (1897): *Iriarte y su época*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
- FEIJOO, Benito Jerónimo (1740): *Suplemento al Teatro crítico universal*, IX, Madrid, Imprenta de los Herederos de Francisco del Hierro.
- FILGUEIRA VALVERDE, José (1972): «Sobre el paradero de los restos del padre Sarmiento», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 27, 352-355.
- GARCÍA TATO, Isidro / Felipe Valdés Hansen (eds.) (2003): *Vida y obra del Rvdmo. P. M. Fray Martín Sarmiento (1695-1772) sacada a la letra de un manuscrito anónimo del siglo XVIII*, Santiago de Compostela, Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Xunta de Galicia.
- HEVIA BALLINA, Agustín (2016): «Exequias y honras fúnebres del padre Feijoo, según las actas capitulares de la catedral de Oviedo», en Inmaculada Urzainqui / Rodrigo Olay Valdés (eds.), *Con la razón y la experiencia. Feijoo 250 años después*, Oviedo, Ediciones Trea, 509-517.

- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de (2005): «Carta sobre las romerías de Asturias», en Elena de Lorenzo Álvarez / Álvaro Ruiz de la Peña Solar (eds.), *Obras completas. IX. Escritos asturianos*, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ayuntamiento de Gijón / KRK Ediciones, 118-122.
- LANZ DE CASAFONDA, Manuel (1972): *Diálogos de Chindulza*. [Ed. Francisco Aguilar Piñal]. Oviedo, Cátedra Feijoo.
- LÓPEZ PELÁEZ, Antolín (1895): *El gran gallego (Fr. Martín Sarmiento)*, A Coruña, Andrés Martínez, Editor.
- MONTEAGUDO, Henrique (2002): «Martín Sarmiento en *El Correo Literario de la Europa* (1782). Unha nova achega á súa bibliografía dezaoitescas», en *Día das Letras Galegas. Frei Martín Sarmiento*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 77-221.
- PENSADO, José Luís (1974): *Opúsculos lingüísticos gallegos del siglo XVIII*, Vigo, Galaxia.
- PENSADO, Xosé Luís (1978): «Feijoo e Sarmiento: dúas vidas sin paralelo», *Grial. Revista Galega de Cultura*, 60, 129-154.
- PONZ, Antonio (1793): *Viaje de España*, V, Madrid, Viuda de Joaquín Ibarra.
- REGUERA RODRÍGUEZ, Antonio T. (2006): *La obra geográfica de Martín Sarmiento*, León, Universidad de León.
- RODRÍGUEZ CEPEDA, Enrique (2008): *De Benito Feijoo a Martín Sarmiento (Bibliografía e iconografía crítica de la obra de Feijoo)*, Lugo, Deputación Provincial.
- SÁNCHEZ CANTÓN, Francisco Javier (1941-1943): «Los retratos del padre Sarmiento», *Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense*, XIV, 70-80.
- SANTOS PUERTO, José (2002): *Martín Sarmiento: Ilustración, educación y utopía en la España del siglo XVIII*, I, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- SARMIENTO, Martín (1739): *Demostración crítico-apologética del Teatro crítico universal*, Madrid, Viuda de Francisco del Hierro.
- SARMIENTO, Martín (1769): «Aprobación» a Benito Jerónimo Feijoo, *Impugnación apologética al primero y segundo tomo del Teatro crítico*, Madrid, Joaquín Ibarra, s. p.
- SARMIENTO, Martín (1996): *Escritos geográficos*. [Ed. José Luis Pensado]. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.
- SARMIENTO, Martín (2002a): *Reflexiones literarias para una Biblioteca Real*. [Edición y estudio de José Santos Puerto]. Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega.
- SARMIENTO, Martín (2002b): *Sistema de adornos del Palacio Real de Madrid*. [Edición, introducción y notas de Joaquín Álvarez Barrientos y Concha Herrero Carretero]. Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.
- SEMPERE Y GUARINOS, Juan (1789): *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, V, Madrid, Imprenta Real.
- SEMPERE Y GUARINOS, Juan (1821): *Noticia literaria de...*, Madrid, León Amarita.
- SOBREIRA, Juan (1786): «A estos dos libros del Padre Sarmiento. Prólogo», *Cartas escritas al Reverendísimo Padre Maestro fray Martín Sarmiento, beneditino de San Martín de Madrid*, Real Academia de la Historia, sign. 9/5761.
- SOBREIRA, Juan (1979): *Papeletas de un diccionario gallego*, I. [Ed. José Luis Pensado]. Ourense, Instituto de Estudios Orensanos «Padre Feijoo».

- ÚBEDA DE LOS COBOS, Andrés (1997): «Artistas, ilustrados y el Padre Sarmiento. El *Sistema de adornos* del Palacio Real de Madrid», en *O Padre Sarmiento e o seu tempo. Actas do Congreso Internacional do Tricentenario de Fr. Martín Sarmiento (1695-1995)*, Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega / Universidade de Santiago de Compostela, I, 359-399.
- VARELA OROL, Concepción / ROCÍO AMENEIROS RODRÍGUEZ (2016): «La biblioteca de Martín Sarmiento. Distinguir para unir», *Anales de Documentación*, 19:1, 15 pp. (<https://doi.org/10.6018/analesdoc.19.1.242061>).